

signy había sacado de Inglaterra otras enseñanzas. Había descubierto que allende el canal de la Mancha la defensa de la dinastía de Hannover había inspirado tiempo atrás leyes draconianas contra los periodistas: éstos podían ser condenados á multas, á prisión, á la picota, á latigazos, á la deportación y hasta á la pena de muerte. Encantado del descubrimiento, el ministro juzgó que sería una lástima tenerlo secreto. En una circular á los prefectos (1), comparó la suerte de los infortunados publicistas ingleses con la de nuestros afortunados compatriotas, que el gobierno se contentaba con amonestar ó suspender, que raramente eran condenados á multas y más raramente á prisión, y que, en verdad, debían de dar las gracias al poder. Persigny había visto Inglaterra bajo ese aspecto original; y á eso le llamaba él las luces de la filosofía y de la historia. En cuanto á la historia, la había estudiado en efecto, pero como sistemático y con el deseo preconcebido de encontrar en ella todo lo que de antemano graba en la misma su espíritu. Se preciaba de ser un alma reflexiva y lo era en efecto; pero la meditación extravió á los que no eleva, y él meditaba demasiado para su inteligencia.

Que tal personaje fuese rebelde á los detalles de la administración, no era de extrañar. Sus amigos se apresuraban á añadir que compensaba esa falta de habilidad para las cosas pequeñas con una notable aptitud para elevarse hasta las grandes: aseguraban que en los negocios importantes revelaba un verdadero don de intuición. El elogio, muy exagerado, contenía parte de realidad. Lo que no veía con las luces de su razón, Persigny lo descubría de vez en cuando con el instinto de su abnegación: de ahí avisos muy lúcidos que acá y acullá penetraban las tinieblas; de ahí muy previsores gritos de alarma: el grito de la fidelidad que también tiene su prescencia.

En este personaje, el carácter era tan raro como su espíritu. Sus cualidades, que eran grandes, parecían á veces tan incómodas como si hubieran sido vicios. Su desinterés era orgulloso: como veía en torno suyo la codicia explotando al alma generosa del príncipe ó la especulación convirtiendo en dinero los secretos del Estado, su probidad le parecía heroísmo: á veces calculaba de mal humor el precio de su virtud; en otras ocasiones denunciaba los escándalos, pero levantando tal polvareda que Alcestes hacía bueno á Filinto. En medio de la corte, profesaba la más completa y meritoria independencia: desgraciadamente, había un yugo al cual no escapaba, el de su propio espíritu, tirante y violento, absoluto y apasionado.

Un carácter tan batallador, un temperamento tan dominante, habían valido á Persigny numerosas enemistades en la camarilla imperial. De los servidores del Imperio, el que por el modo de ser contrastaba más con su carácter era el Sr. de Morny, y, en vísperas de las elecciones de 1863, el patronato del presidente de la Cámara iba á ser un título muy equívoco á la benevolencia del ministro. El mismo emperador empezaba á cansarse de un amigo tan rudo y exigente, que no quería más puesto que el primero. Lo había experimentado como embajador en Londres, donde lord Malmesbury, jefe del Foreign Office, lo juzgó el hombre

(1) Circular de 7 de diciembre de 1860.

menos á propósito para la diplomacia. El monarca lo había llamado dos veces al ministerio del Interior, y frecuentes informes habían señalado sus intemperancias de palabra y de obra, sus caprichosas alternativas de brusquedad y falta de energía. Aquel leal é incómodo servidor no poseía la voluntad reflexiva que constituye al hombre de Estado, ni la regularidad correcta que constituye al funcionario, ni la insinuante flexibilidad que constituye al favorito: hasta sus prudentes consejos, envueltos en toda clase de teorías indigestas ó de reproches destemplados, resultaban demasiado costosos. Mientras Napoleón deploraba en voz baja las destemplanzas de su antiguo compañero, el viejo compañero denunciaba cada vez más ruidosamente las increíbles indulgencias de su amo y señor, de quien decía que ni sabía separar la incapacidad, ni desenmascarar el egoísmo, ni descubrir la corrupción. Combatido por los cortesanos y hasta por la emperatriz, Persigny iba á caer en una especie de semi-desgracia y á confinarse, para el resto del reinado, en un retiro murmurante y triste, aunque con un corazón invariablemente fiel.

Tal era el hombre que iba á dirigir las elecciones. ¿Qué espíritu aportaría en su tarea? Los secuestros administrativos llevados á efecto después de la publicación del folleto del duque de Aumale, las medidas tomadas respecto á las sociedades de San Vicente de Paúl, las amonestaciones á la prensa, la intención ya proclamada de combatir á los más comprometidos de los 91, todo revelaba el propósito de no formar la unión sino entre los que profesasen las doctrinas imperiales más puras. Sin embargo, años atrás, al subir al ministerio, Persigny había pronunciado nobles palabras cuyo recuerdo duraba todavía. «Os recomiendo, decía, que no perdonéis medio de terminar la obra de reconciliación entre los partidos. Muchos hombres honorables y distinguidos de los antiguos gobiernos, sin dejar de hacer justicia al emperador por las grandes cosas que ha realizado, aún permanecen apartados de él por un sentimiento de dignidad personal. Tenedles las consideraciones que merecen; no desperdiciéis ocasión alguna de estimularlos para que hagan utilizar al país sus conocimientos y su experiencia, y recordadles que si es noble conservar el culto de los recuerdos, es más noble todavía el ser útil á su país (2).» A la hora más solemne, la última quizá de su ministerio, ¿no se acordaría Persigny de ese amplio programa?

VII

El partido republicano fué el primero que entró en campaña. Tenía en París sus jefes, su personal y, á pesar de todas las dificultades que hemos descrito, sus medios de acción. Los triunfos parciales de 1857 eran motivo de esperanza. El gobierno, tan poderoso en los cantones rurales, se sentía desarmado en la capital, donde las súplicas, las advertencias y las amenazas serían inútiles. El gran peligro estaría en que estallase la discordia entre los diferentes grupos democráticos. No sucedía lo mismo en provincias. Allí subsistía el recuerdo de los rigores pasados. Unos por miedo rehuían la lucha; otros por fanatismo se replegaban en el retraimien-

(2) Circular de 5 de diciembre de 1860.

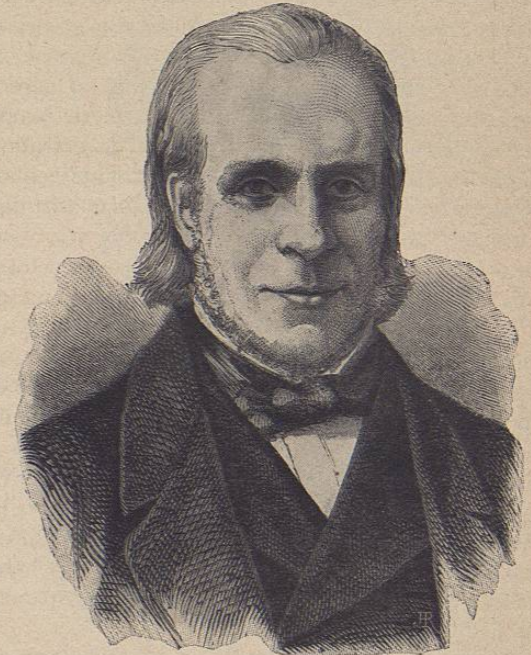
to. Los más resueltos se desanimaban: ¿qué influencia podían ejercer sobre las masas rurales doblemente adictas al Imperio por la esperanza de las recompensas y por el temor de los castigos? En su despecho, acusaban á veces al sufragio universal, esa tan celebrada conquista de 1848. «¿No fuera de desear, decía por aquel entonces Julio Favre en el Cuerpo legislativo, no fuera de desear que el derecho del sufragio fuese únicamente conferido á los que saben leer y escribir (1)?»

Había que fortalecer aquellas voluntades inertes. De los hombres de 1848, Garnier Pagés era entonces el que más se movía. Era un hombre excelente, lleno de abnegación para sus amigos, más agitado que activo, aficionado al movimiento por celo en favor de su partido y por el afán de darse importancia. A principios de 1862, emprendió una vasta excursión electoral que su edad avanzada y los rigores de la estación no dejaban de hacer meritoria. Dicese que visitó más de sesenta poblaciones. El recibimiento fué en general bastante frío: en la estación del ferrocarril ó en la parada de la diligencia le esperaban algunos amigos, pero con timidez, creyéndose vigilados por la policía: en el punto en que se había hospedado se celebraban pequeños conciliábulos de gente asustada, llena de objeciones, más inclinada á denunciarse mutuamente que á obrar en común. Aquellos republicanos, desengañados ó temerosos, dudaban de todo y en particular de la popularidad del mensajero que se les había enviado: más de una vez le aconsejaron que no se exhibiese mucho, que hablase poco, pues á los ojos de las masas representaba el impuesto de los cuarenta y cinco céntimos, cosa hoy olvidada, pero que evocaba entonces muy desagradables recuerdos. Garnier Pagés tenía esa magnífica intrepidez de las medianías á quienes nada desconcierta. Donde otro cualquiera no hubiese visto más que motivos de abatimiento, él sólo vió motivos de esperanza. Predicaba á todo el mundo la conciliación, y lo hacía con el caluroso acento de su incontestable honradez. Restauró los vestigios de la retórica de 1848. Decía que «el combate legal y leal era lo que más temía el gobierno despótico,» y se ofrecía á ir doquiera hubiese valor que infundir y disintimientos que borrar. Aunque algo desordenada, aquella actividad no fué improductiva. En varios puntos, los republicanos, que parecían irrevocablemente desunidos, se reconciliaron. El sistema del retraimiento, hasta entonces establecido como principio, empezó á ser combatido: discutiéronse candidaturas, y, sin que fuesen todavía proclamadas, parecía ya probable que se producirían en el momento oportuno. Pero la excursión era larga, Garnier Pagés muy viejo y el invierno riguroso: algo cansado de sus correrías, pero lleno de confianza en su prestigio, el representante de la democracia ambulante se fué á Cannes á descansar.

Su quietud fué pronto turbada por desagradables noticias. Así como las provincias permanecían demasiado silenciosas, París se presentaba demasiado turbulento. En provincias habría que excitar las ambiciones, mientras que en París habría que refrenarlas. El año de 1863 había empezado en medio de ruidosas discusiones y de

(1) Cuerpo legislativo, sesión de 11 de febrero 1863. (*Moniteur*, 1863, pág. 215.)

una grande emulación de deseos. Según un contemporáneo (2), todo periodista ó abogado que tenía un piso decente abría tertulia política. Los partidarios del retraimiento eran muy raros, á pesar de que Proudhon acabase de prestarles el auxilio de su pluma. En cambio, iba á surgir quizá una gran dificultad á causa de la abundancia de candidaturas. Los hombres de 1848 invocaban sus viejos servicios; los jóvenes no estaban dispuestos á esperar mucho tiempo; los *Cinco* se creían con un derecho de posesión sobre sus circunscripciones respectivas; el *Siècle* y la *Opinion Nationale* se prevalían de su numerosa clientela y querían que el periodismo tuviese su parte en los honores legislativos. Otra



Garnier Pagés

cuestión se agitaba. ¿Convenía que los demócratas se uniesen con los hombres de los demás partidos? Y si esa unión se efectuaba, ¿qué circunscripciones se les abandonarían? En esto, el espíritu de rivalidad, hasta entonces reprimido, estalló: Picard representaba la quinta circunscripción, y Havin la reivindicó. Los *Cinco* invocaron los derechos adquiridos; los partidarios de Havin echaron en la balanza el poderoso patronato del *Siècle*. La querrela se hizo pública y se encontró con agrias palabras. «Los *Cinco*, que no son más que tres, escribía Havin á Corbón, traman una porción de intrigas que la luz de la publicidad va á desbaratar.» Los *Cinco* se hallaban vivamente sostenidos por la *Presse* y el *Temps* y no cesaban de denunciar la despótica influencia del *Siècle*. Havin concluyó por retirar su candidatura, con la reserva implícita de una indemnización en otra circunscripción cualquiera; pero su retirada no borró el recuerdo del sensible incidente. Tenido día por día al corriente de aquellas divisiones, Garnier Pagés, que se encontraba aún en el Mediodía, multiplicaba sus exhortaciones á la paz. En extensas cartas al señor Dreou, su yerno, ó al Sr. Corbón, hacía resaltar los servicios de cada grupo. A sus ojos, el remedio era sen-

(2) Héctor Pessard, *Mes Petits Papiers*, pág. 74.

cillo: consistía en la creación de un gran comité que asumiese la dirección de las fuerzas dispersas, indecisas ó rivales. Garnier Pagés, con su fe robusta, creía haber encontrado la panacea soberana y que todos los grupos, así unidos por un lazo común, se reconciliarían en un abrazo general.

El medio no era nuevo; muchos habían pensado en él antes de que se le ocurriera á Garnier Pagés. Lo difícil era formar aquel comité salvador. Varios abogados jóvenes, autores de un *Manual electoral* publicado el año anterior, acostumbraban reunirse, formando una especie de asociación permanente; pero el objeto quedaba limitado, en apariencia al menos, á los asuntos contenciosos. Aparte de eso, no existían más que agrupaciones parciales y simples camarillas. En el mes de marzo celebráronse varios conciliábulos en casa del señor Carnot, con el propósito de asegurar al partido aquella organización que le faltaba. Después de borrascosas conferencias, abrióse una especie de escrutinio preparatorio para la constitución de un comité central. Los electores, escogidos entre los que habían asistido á las primeras reuniones, eran en número de 595. Pero el voto que había de unir á los republicanos en torno de sus jefes naturales no hizo más que afirmar su espíritu de indisciplina. Carnot había declarado que no consentiría en presidir el comité si la mayoría de sus colegas de 1848 no eran llamados á formar parte de él. Carnot fué elegido en primer lugar, pero sólo en la lista: los demás nombres eran desconocidos ó ajenos al viejo partido republicano. Garnier Pagés obtuvo 112 votos y Marie 97. Carnot, aislado, perdió la esperanza de dominar los elementos nuevos que sin duda escapaban á su mano; y, desautorizado por el mismo que había tomado la iniciativa de fundarlo, el comité desapareció antes de haber funcionado (1).

La situación era algo apurada. Se había entrado en mayo. Sólo faltaba un mes para las elecciones, y no había un minuto que perder para destruir los gérmenes de la discordia. Entonces fué cuando intervino Marie; el 3 de mayo, á la hora misma en que tenía efecto el simulacro de votación que hemos referido, escribía á Herold: «Si nuestro partido quiere la acción, que se constituya un comité, que se proclame *dictatorialmente*, sin rodearse, como se ha hecho, de todas las formas de una acción representativa; echemos mano de los nombres más populares en las diversas clases de la sociedad, ¡y adelante!... Así iremos más aprisa y con mucha mayor seguridad: no es posible que todo el mundo mande, y todo está perdido si no hay nadie entre nosotros que pueda y se atreva á tomar el mando é imponer la obediencia.» En medio de la confusión general, Marie proponía á sus antiguos colegas que volviesen á tomar la dirección y no confiasen más que en sí mismos. La solución no era la más liberal; pero, atendidas las circunstancias, era quizá la más acertada. Hacía algún tiempo que Garnier Pagés había regresado á París; Marie, Carnot y Cremieux se aseguraron el concurso de Julio Simón, de Corbón, de Enrique Martín y de los jóvenes abogados que habían redactado el *Manual electoral*, es decir, Julio Ferry, Floquet, Herold, Heris-

(1) Véase *Procès des Treize*. Informe del abogado imperial Mahler.

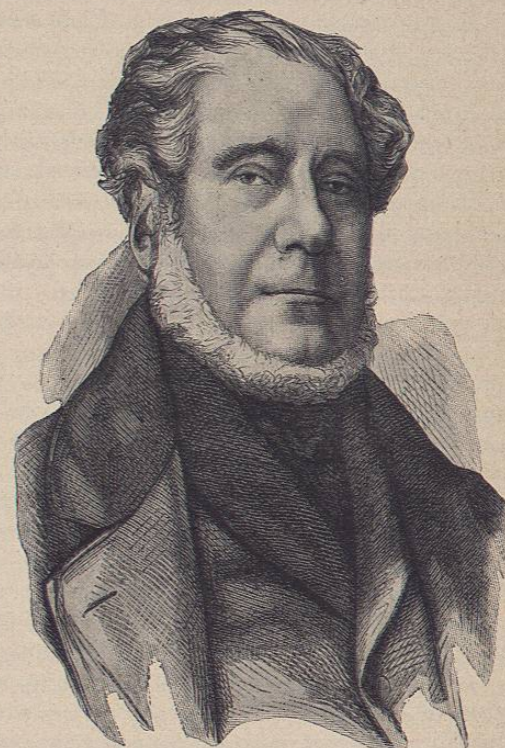
son y algunos otros; todos juntos se constituyeron en comité. El objeto, anunciado en una circular de 8 de mayo, era «vencer los obstáculos que pudiesen dificultar los votos... poner en armonía las pretensiones diversas, suavizar las rivalidades, conciliar los espíritus, recomendar la unión de todos los que sinceramente quieren la libertad.» Dos días después fueron publicados los nombres de los candidatos en las nueve circunscripciones del departamento del Sena. Estos eran, en primer lugar, los diputados salientes: Favre, Ollivier, Picard y Darimón; luego los jefes de redacción de los dos periódicos democráticos: Havin, director del *Siècle*, y Guérout, director de la *Opinion Nationale*; por último, tres publicistas notables: Julio Simón, Pelletán y Laboulaye: los dos primeros eran de opinión republicana, y el tercero, profesor del Colegio de Francia y colaborador del *Journal des Débats*, pertenecía á la fracción liberal. Apenas se había formado esta lista, muy laboriosamente preparada, cuando la candidatura de Thiers, presentada en la circunscripción para la cual había sido designado Laboulaye, vino á suscitar de nuevo en el campo de la democracia avanzada las suspicacias más vivas. La fama de este ilustre personaje hacía la exclusión difícil. «Es imposible alejar de la Cámara á un hombre como ese,» repetía enérgicamente Emilio Ollivier. Por otra parte, ¡cuán vehementes eran las críticas! El historiador de *El Consulado y el Imperio*, que había glorificado á Napoleón I, ¿podría ser un adversario muy resuelto de Napoleón III? Después de 1848 se alió con los católicos y hasta con los realistas; conocidos eran sus sentimientos sobre la cuestión italiana; él no disimulaba sus simpatías por el poder temporal del papa. Esta última objeción, sobre todo, era de mucha fuerza para los lectores del *Siècle* y de la *Opinion Nationale*. En esto, retiróse Laboulaye, y el *Siècle* se decidió entonces á no combatir al ilustre candidato á quien temía no vencer; la masa del partido republicano imitó esa sumisión. Aun aceptadas, las candidaturas no escapaban á la discusión y los más resueltos á guardar la disciplina no dejaban de juzgar muy libremente á sus futuros elegidos. Ollivier parecía ya sospechoso, y Darimón de talento muy mediano. Se satirizaba un poco á Julio Simón, antes tan partidario del retraimiento. La amistad de Guérout con el príncipe Napoleón era denunciada en términos bastante ásperos y se desconfiaba de aquel demócrata que, bajo el régimen del acta adicional, se hubiera hecho sin duda imperialista. El más atacado era Havin, republicano en París y, en el departamento de la Mancha, su país natal, muy grato á su prefecto: se decía que era medio bonapartista y medio demócrata, pero normando sobre todo. ¿Quién no le hubiese abandonado, sin los gruesos batallones del *Siècle* que le seguían? A pesar de tantas críticas y murmuraciones, todas las rivalidades se perdían en medio del creciente ruido de la lucha: republicanos jóvenes y viejos, moderados ó radicales, discutían con ardor las probabilidades de triunfo de cada candidato y comentaban los menores incidentes; y toda aquella animación, tan diferente de la pasada calma, hubiera demostrado por sí sola la vitalidad de un partido que despertaba.

Mientras los demócratas ó republicanos se organizaban de aquel modo, la misma cuestión seguía debatién-

dose entre los amigos de Enrique V, es decir, la del retraimiento. De Frohsdorf no llegaba palabra alguna que fuese autorización de combatir, ni siquiera indicio de tolerancia. En esto, habiendo Prévost Paradol sostenido en los *Debates* que el juramento no obliga á nada más que al respeto á las leyes, recibió un apercibimiento del ministerio del Interior: «El juramento, proclamaba el ministro, afanoso de restablecer los verdaderos principios, crea un lazo de honor entre el que lo presta y el que lo recibe, entre el emperador y el candidato.» En seguida, los cortesanos del príncipe se valieron de esa interpretación para demostrar cuán grave sería la lucha y las consecuencias que ésta podía traer. Berryer se encontraba entonces en Bretaña. Su fe en el principio monárquico era inalterable y su respeto á la sangre real iba hasta una supersticiosa veneración. A pesar de todas las apariencias contrarias, Berryer no podía persuadirse de que la resolución fuese definitiva: creía en una mala inteligencia prolongada: seguía esperando una señal que levantase la prohibición ó indicase siquiera menor firmeza de voluntad. Cuando se hubieron desvanecido las últimas esperanzas, su tristeza y su ansiedad fueron extraordinarias. Como su patriotismo dominaba á todo lo demás, aconsejó á sus amigos, á los señores de Larcy, de Kerdrel y de Falloux, que no se inspirasen más que en su conciencia y en el interés de su país. En cuanto á él, vaciló mucho tiempo. De regreso á París, vió de paso á monseñor Jacquemot en Nantes, al general Lamoriciere en Chillón, á monseñor Dupanloup en Orleáns, y todos, en nombre de la patria, de la verdadera libertad, y de los intereses religiosos sobre todo, le conjuraron que no negase su nombre á la lucha que se preparaba. Apenas llegado á París, otros contemporáneos no menos ilustres que los que acabamos de citar le aconsejaron lo mismo; éstos eran el duque de Noailles, el Sr. Duchâtel, el Sr. Vitet y el padre Félix, que invocó, en términos conmovedores, la memoria venerada del padre Ravignán. A tales instancias Berryer cedió, pero con el sentimiento de desobedecer á su príncipe. Aceptó la candidatura en Marsella, donde su nombre, su elocuencia y el recuerdo de antiguos servicios hacía años que le habían dado popularidad. Al mismo tiempo, se anunciaron las candidaturas del Sr. de Kerdrel en Ile-et-Vilaine, del señor Vogüé en el Cher, del Sr. de Civrac en Maine-et-Loire y del Sr. de Frineau en el Morbihán. No era difícil comprender que la lucha se empeñaría en muy malas condiciones. Aun con la más estrecha unión, los triunfos hubieran sido rarísimos y caramente disputados. ¡Cuán grandes no habían de ser las desventajas cuando se lucharía por el rey á pesar del rey mismo, con periódicos indecisos y bajo la dirección de jefes divididos! Berryer no se hacía ilusiones; pero atento al interés de su país, no se preocupaba en demasía del resultado. «Sabré sacrificar la dicha de complacer al honor de servir,» decía con altiva tristeza.

Así como los legitimistas miraban atentamente hacia Frohsdorf, los *católicos puros* esperaban con impaciencia las decisiones definitivas del gobierno. ¿Hasta dónde llegaría la política de tolerancia del ministerio? ¿Hasta dónde su política de rencor? Súpose al fin cuáles serían, de los 91 diputados disidentes, los que conservarían el apoyo del gobierno y á cuáles les faltaría el patronato

oficial. El ostracismo se extendía á veintiséis candidatos, unos demasiado hostiles para ser apoyados y otros tenidos por demasiado fáciles de combatir para ser amnistiados. En la primera fila de los abandonados figuraban los conocidos por los *Cinco* de la Derecha: los señores Keller, Plichón, Anatolio Lemerrier, Flavigny y Kolb-Bernard. El Sr. de Cuverville, uno de los primeros que se habían distinguido por su celo en pro de la causa del Padre Santo; el Sr. Ancel, que con su oportuna intervención había contribuido mucho á determinar el voto hostil cuyo recuerdo conservaba el gobier-



Havin

no; el Sr. Pierres, cuya libertad de palabra había llegado á veces á la impertinencia; el Sr. de Jouvenel, ponente de la comisión que desechó el proyecto de recompensa en favor del general de Palikiao; el Sr. Garreau, que al principio de la legislatura, á propósito de la ley de seguridad general, mostró más independencia de la que quería la disciplina, tales eran los hombres contenidos en la lista de exclusión. Hay que mencionar también al marqués de Andelarre, quien, después de haber sido incluido en la categoría de los tolerados por el gobierno, fué, hacia el final del período electoral, combatido con saña. Completaban la lista otros nombres menos conocidos, y muchas veces no se sabía la causa que había motivado la indulgencia ó determinado la severidad. De los diputados, así entregados á sus propias fuerzas, algunos se juzgaron incapaces de vencer en la lucha, mientras que la mayor parte de ellos, poseídos de mayor confianza en sí mismos, pidieron al sufragio universal que los sacase de su desgracia. Necesitábase valor para obrar así, dada la situación en que iban á luchar. ¿Se pasarían abiertamente á la oposición? ¿Persistirían, por el contrario, en adherirse al gobierno que los repudiaba? Iban á desviarse poco á poco, con toda clase de vacilaciones y de escrúpulos, y sólo el ardor del

combate y la dureza de sus antiguos protectores podría hacerles continuar la evolución que les transformaría en adversarios. Desde luego trataron de trazarse su senda entre la complacencia y la hostilidad, y se proclamaron *candidatos independientes*. El gobierno no aceptó el calificativo y les replicó muy agriamente por conducto del *Monitor* (1) que, siendo todo el mundo independiente, nadie podía reivindicar ese título. A pesar de semejante réplica, no pudieron persuadirse de que el abandono fuese completo, y algunos de ellos se obstinaron en dar á entender que tenían poderosos padrinos en altas esferas y hasta en las Tullerías. Un día el *Journal des villes et des campagnes* refirió que el emperador había dicho á uno de los 91: «Si no sois el candidato de la administración, seréis el mío.» Hubiera sido una grande imprudencia, de parte del ministro, el dejar que semejantes rumores adquiriesen crédito, y la imprudente gaceta recibió en seguida un apercibimiento. Sólo entonces los infelices candidatos, definitivamente abandonados, se pasaron á la oposición, aunque sin declararse decididos adversarios del gobierno. Católicos, denunciaron en sus circulares los peligros de la Iglesia: pero éstos no eran los únicos peligros que ellos habían discernido, por cuya razón empleaban un lenguaje que no difería mucho del de los liberales más resueltos. Su programa se amplió hasta abarcarlo todo. Señalaron la exageración de los gastos, pidieron una disminución de las cargas militares, proscribieron las expediciones remotas, reclamaron la extensión de las libertades públicas: en el Norte, encarnaron las quejas industriales nacidas del tratado de comercio. El gobierno se irritó de que la defección fuese tan completa; por su parte, los candidatos se indignaron de que se pretendiese prolongar su esclavitud, aun después de haberlos abandonado. Por consiguiente, antes de que terminase la lucha, los amigos de ayer, antes separados por simples matices, iban á tratarse como adversarios, peor aún, como enemigos.

Mientras los católicos se preparaban para una lucha que no habían deseado, los hombres del partido constitucional ó parlamentario reaparecían uno tras otro en la arena. Conociéronse sucesivamente las candidaturas de Remusat en el Alto Garona, de Decazes en la Gironda, de Casimiro Perier en el Isere, de Saint-Marc Girardin en la Alta Viena. Guizot había renunciado á la vida pública, pero su yerno, Cornelis de Witt, se presentó bajo sus auspicios en el Calvados. Todos estos nombres recordaban la monarquía de Julio, y la prensa oficiosa no dejó de denunciar la resurrección del orleanismo. Los candidatos rechazaron el calificativo, no porque fuesen infieles á sus recuerdos, sino porque se preciaban de unir, fuera de toda preferencia dinástica, á todos los que deseaban el fomento de las instituciones representativas. Montalembert, más afecto al grupo católico que á los antiguos partidos, presentó su candidatura en dos departamentos: en el Doubs y en las Costas del Norte. En esto, Odilon Barrot, en una extensa carta dirigida al *Temps*, publicó su profesión de fe: después del 2 de diciembre se había negado á jurar, porque el juramento hubiera equivalido á una aprobación del golpe de Estado: una vez establecido y reco-

(1) *Moniteur* de 23 de abril de 1863.

nocido el gobierno, el escrúpulo hubiera parecido excesivo; por eso solicitaría los sufragios de sus antiguos electores de Estrasburgo. Anunciaron del Sarthe la candidatura de Gustavo de Beaumont, íntimo amigo de Tocqueville. Cuando los directores de los periódicos democráticos, Havin y Gueroult, trabajaban con ardor su candidatura, ¿cómo los periodistas del orleanismo habían de refrenar sus ambiciones? Pero ¿qué diferencia entre la situación de los que arrastrarían á las masas y la situación de los que se verían reducidos á manejar esa cosa ligera, impalpable, que se llama la opinión! Prévost Paradol fué candidato en el Dordoña y en la sexta circunscripción del Sena, donde iba á hallarse en competencia con Cochin, el único candidato parisiense que pertenecía realmente á la capital, en virtud del domicilio transmitido de padre á hijo, en virtud de las liberalidades y servicios hereditarios, en virtud del sacrificio tradicional á los intereses de la gran ciudad. Mientras tanto, los días pasaban y varios jefes parlamentarios prolongaban sus irresoluciones. El más perplejo era Dufaure, ese personaje tan fluctuante en su conducta como firme en su lenguaje. Por fin se decidió á presentar su candidatura en la Gironda y en el Charante Inferior, pero cuando iba á expirar el plazo para la prestación del juramento, de modo que ese retraso iba á ser una dificultad más añadida á los demás obstáculos. De todos los servidores de los regímenes caídos, el más notable era Thiers: éste era candidato en cuatro circunscripciones: en Aix, en Valenciennes, en las Costas del Norte y en el departamento del Sena.

VIII

El Cuerpo legislativo celebraba su última sesión el 7 de mayo, y su presidente, el Sr. de Morny, dió por terminada la legislatura con las siguientes palabras: «Un gobierno sin fiscalización y sin crítica es como un buque sin lastre. La ausencia de contradicción obceca y extravía á veces al poder sin tranquilizar al país. Nuestras discusiones han afianzado la seguridad más de lo que lo hubiera hecho un silencio engañador. A pesar de las más vivas discusiones, las opiniones más distanciadas se han suavizado con tendencia á unirse. ¡Cuántas prevenciones de los primeros días no se han disipado! ¡Cuántas desconfianzas no se han desvanecido! Creo que nadie, ni aun en los puntos más opuestos de esta Asamblea, me querrá desmentir. En cuanto á mí, no he encontrado en todos vosotros más que colegas llenos de consideraciones y de deferencia, y deseo que llevéis de mí el recuerdo que yo conservaré de vosotros. Al deciros á todos adiós, quisiera poder deciros á todos hasta la vista.»

No era posible dirigir á los que partían un saludo más cordial. Aun resonaban en los oídos del público estas palabras amables, cuando de pronto vibró otra nota, tan dura y estridente como armoniosa había sido la primera. A fuerza de encanto personal, Morny hubiera hecho amable al propio despotismo; á fuerza de caprichosas brusquedades, Persigny hubiera hecho antipática á la propia libertad. Acabamos de oír al presidente de la Cámara: he aquí al ministro del Interior.

El 8 de mayo, en una circular á los prefectos, dió á conocer su programa. En ese documento se hubieran

buscado en vano las huellas de las ideas conciliadoras que, tres años antes, suscitaban vivas esperanzas. En vísperas de la lucha electoral reaparecía el hombre de combate.

La instrucción ministerial empezaba por un pomposo elogio del Imperio, que había «restaurado el orden moral, político y religioso, duplicado la fortuna inmobiliaria y acrecentado en 7 ú 8 mil millones la mobiliaria, aumentado en 300 millones la renta pública, surcado todo el territorio de carreteras y ferrocarriles, devuelto, en fin, á nuestra política exterior la influencia que había perdido.» La confianza del país había permitido al príncipe realizar tan grande obra: á esa confianza apelaba de nuevo el soberano. Al llegar á este punto, el Sr. de Persigny se apresuraba á desarrollar la teoría de su predilección: «Si no hubiese en Francia, como en Inglaterra, más que partidos divididos sobre la dirección de los negocios, pero igualmente adictos todos ellos á nuestras instituciones fundamentales, el gobierno podría limitarse, en las elecciones, á asistir á la lucha de los diversos partidos. Pero en un país como el nuestro, que, después de tantas convulsiones, sólo hace diez años que se halla seriamente constituido, hay partidos que aún no son más que facciones. Formados de restos de gobiernos caídos, no procuran penetrar hasta el corazón de nuestras instituciones sino para viciar su principio, y no invocan la libertad sino para volverla contra el Estado.» Aquella «coalición de hostilidades y rencores no alteraba las intenciones generosas del emperador.» «Penetrados del espíritu liberal y democrático de nuestras instituciones,» los prefectos habían de «dejar que se presentasen libremente todas las candidaturas.» «El sufragio es libre,» proclamaba solemnemente el ministro. Era libre, en efecto. Pero esta máxima fastuosa servía como de pasaporte á recomendaciones muy diferentes, y el Sr. de Persigny no afirmaba el principio sino para restringirlo en seguida. «A fin de que la buena fe de las poblaciones no pueda ser engañada con habilidades de lenguaje ó profesiones de fe equívocas, designad de un modo muy manifiesto, como en las elecciones anteriores, los candidatos que inspiren más confianza al gobierno. Que las poblaciones sepan quiénes son los amigos ó los adversarios más ó menos disfrazados del Imperio, y que se pronuncien en completa libertad, pero con perfecto conocimiento de causa.» ¿Quiénes serían los adversarios? Serían, naturalmente, los hombres de los *antiguos partidos*. Serían también (y en esto estribaba sobre todo el interés de la circular) unos cuantos ex diputados que durante la última legislatura habían rebasado los límites de las disidencias permitidas. «El gobierno, en efecto, añadía el ministro, no podía apoyar cerca de los electores sino á hombres muy adictos, sin reserva ni segunda intención, á la dinastía imperial y á nuestras instituciones.» ¿Cuáles habían sido los motivos precisos de exclusión? El Sr. de Persigny se guardaba de explicarlos. Sin embargo, afirmaba, con más energía que verosimilitud, que la votación conocida con el nombre de *voto de los 91* no había sido para nadie la causa determinante del ostracismo. «Jamás, decía él, se nos ha ocurrido buscar votos inspirados por escrúpulos de conciencia.»

Así quedaba proclamada la candidatura oficial. El gobierno había preparado con mucha anticipación el

poderoso mecanismo que le permitiría practicarla con éxito.

Su primera fuerza sería la que le proporcionasen las leyes, unas de fecha antigua y otras dictadas por él. Armado del Código penal y de la ley de 10 de abril de 1834, estaba autorizado para disolver toda asociación y para proscribir toda reunión pública. En 1.º de mayo, una nota del *Monitor* había recordado que todo comité de más de veinte personas estaba prohibido, aunque estuviese distribuido en subcomités que no llegasen á este número de miembros.

El decreto de 1852 sobre la prensa no garantizaba menor seguridad al gobierno. En París, los periódicos eran numerosos y gozaban de una independencia bastante grande para que las candidaturas fuesen en ellos libremente discutidas. La condición de las provincias era muy diferente. En muchos departamentos, el único periódico era el de la prefectura, supeditado al poder por el interés, pues los anuncios judiciales lo enriquecían, y también por el temor, pues la menor temeridad le hubiese hecho perder la existencia. No podía salir ninguna otra publicación periódica sin una autorización previa, de modo que el gobierno no vería surgir ningún nuevo adversario mientras él no quisiese. En cuanto á los periódicos independientes que habían sobrevivido al duro régimen de 1852, el período electoral, que excitaba su actividad, multiplicaba en torno de ellos los peligros. Durante los dos meses que precedieron á las elecciones, hubo ocho que recibieron apercibimientos gubernativos y uno suspendido.

Mal servidos por los periódicos, los candidatos de oposición tenían el recurso de las distribuciones á domicilio ó de los carteles. Pero no escapaban al decreto sobre la prensa sino para caer en los *reglamentos sobre la imprenta*. Una vez dispuestos los boletines ó circulares, los reglamentos sobre la venta callejera ó distribución de impresos y papeles públicos (*colportage*) completaban la serie de los obstáculos legales: cuando, en fin, quedaban fijados los carteles en los muros, venía el guardia rural y los arrancaba.

El gobierno había limitado su campo de batalla. Según la ley vigente, las circunscripciones electorales no estaban calcadas sobre los distritos territoriales, sino basadas en el número de habitantes, á razón de un diputado por cada 35.000 electores. No tenían, pues, nada de inmutable ni de fijo, y con tal de que la cifra aproximada de cada agrupación fuese mantenida, se prestaban á todas las modificaciones, operaciones que el gobierno tenía derecho á hacer por decreto. En veintinueve departamentos las antiguas divisiones habían sido cambiadas de modo que las nuevas favoreciesen á los candidatos oficiales y desconcertaran á los de oposición. La mayor parte de las grandes ciudades habían sido fraccionadas en una porción de trozos, cada uno de los cuales pertenecía á una de las diferentes circunscripciones de la comarca. Por aquel entonces, los provincianos que volvían á París después de una larga ausencia, lo encontraban desconocido, de tal modo lo había transformado Haussmann. Más de un diputado, al volver á su departamento en vísperas de las elecciones, debió experimentar una impresión semejante: sentíase como perdidos en su propio país.

El gobierno había formado sus agentes del mismo